

**EN LAS MONTAÑAS  
DE LAS BRUMAS**

**Traducción de  
Ricardo Silva-Santisteban**

## Poesía china



## Libro de las canciones

21

Titilan esas estrellas,  
tres o cinco en el este.

Tiemblan, a través de la oscuridad que recorremos,  
mientras aún es de noche en el palacio.

Por cierto, cuán diversos los destinos.

Titilan las estrellas  
en Orión y en las Pléyades.

Tiemblan, a través de la oscuridad que recorremos,  
cubiertas con colchas y sábanas.

Por cierto, cuán diversos los destinos.

23

En la espesura, una gama muerta  
y blancos juncos para atarla.

Una muchacha, tocada por la primavera,  
y un caballero seduciéndola.

Un robledal en el bosque;  
en la espesura, una gama muerta  
atada con blancos juncos.

Una muchacha cual un jade.

«Espacio. Ten calma.

No toquéis mi ceñidor.

¡No vaya a ladrar el perro!»

234

¿Cuál yerba no se marchitó?

¿Qué día no marchamos?

¿Quién no montó guardia  
en las cuatro fronteras?

¿Cuál yerba no ennegreció?

¿Quién no se enfermó?

Congoja para los soldados:  
sin descanso ni en el día ni en la noche.

Los zorros golpean y se arrastran

entre las densas y altas yerbas.

Movemos nuestros carros de combate,  
empujándolos por los surcos.

Wang Wei (699-759)

SUBIENDO A LA TERRAZA PARA OBSERVAR PARTIR AL  
CONSEJERO LI

Subo a la encumbrada terraza para verte partir;  
el río y las montañas se desvanecen en el infinito  
y en el fosco azul las cansadas aves retornan a sus nidos,  
solo el viajero camina y camina, sin descanso.

RESPUESTA AL MAGISTRADO CHANG

En el ocaso de mi vida, todo cuanto deseo es el sosiego,  
los diez mil afanes del mundo ya no atraen a mi corazón.  
¿Respecto a mi futuro? No tengo mayor proyecto  
que retirarme a mi antiguo bosque.  
Allí el viento entre los pinos soltará mi cinturón  
y la luna en la montaña me sonreirá cuando taña mi laúd.  
Preguntáis, señor, ¿qué anida tras esta victoria y fracaso?  
Escuchad la canción del pescador ascendiendo desde la  
desembocadura del río.

## Li Po (701-762)

### VISITA EN SUEÑOS A LA MONTAÑA MADRE DEL CIELO: POEMA DE DESPEDIDA\*

Los navegantes cuentan de la inaccesible isla Ying,  
entre brumas y ondas perdida.

Pero la montaña Madre del Cielo, cuentan los nativos de Yueh,  
puede verse entre las hendiduras de las nubes resplandecientes  
extendiéndose en los cielos hasta la Constelación del Estanque  
Celeste.

Sobrepasa los cinco Montes y agobia la Muralla Escarlata,  
mientras a quince mil metros de distancia

la Terraza del Cielo, vacilando, se inclina hacia el sudeste.

Así, anhelando soñar con las tierras de Wu y de Yueh,

crucé volando el Lago del Espejo una noche de luna.

La luna en el lago reflejaba mi vuelo,

y lo siguió hasta la villa de Yen-chí

donde se yergue el palacio del príncipe Hsieh.

Vi ondearse las verdes aguas y escuché los estridentes gritos  
de los monos.

Ascendí al cielo, usando los zuecos del príncipe,

por una escalera de nubes azules.

A mitad del camino, desde las paredes del cielo vi despuntar  
la alborada

y escuché el canto del gallo sagrado en el azul.

Entre mil despeñaderos di vueltas y más vueltas;

\* Unas breves e imprescindibles notas para la mejor comprensión del poema. El poeta describe su visita en sueños de la montaña Tien-mu (la Madre del Cielo) en Chekiang. Las otras montañas, Chi-Cheng (la Muralla Escarlata) y Tien-Tai (la Terraza del Cielo) pertenecen a la misma provincia. La isla Ying es en la mitología china una de las islas misteriosas del Mar de Oriente. Tien-heng (el Estanque Celeste) es lo que en occidente conocemos como la constelación del Carro. King-hou, el Lago del Espejo, era un lago artificial ahora desaparecido. El príncipe Hsie Ling-yeun(385-433) fue un famoso alpinista que inventó un calzado especial para ascender montañas. El ciervo blanco era la montura de los inmortales.

las flores inundaban el sendero;  
me incliné en una roca perdiendo el sentido.  
Me despertaron gruñidos de osos y bramidos de dragones,  
¡oh, el clamor de arroyos y cascadas!  
Me atemoriqué en los bosques profundos y temblé frente a los  
acantilados.

En lo alto se adensaban las nubes trayendo lluvia;  
inundaban las aguas y se desvanecían en bruma.  
Temblaban los montes con rayos y truenos;  
se abrió el pórtico del abismo  
mostrando una comarca de azul infinito;  
el sol y la luna destellaban en terrazas de oro y de plata.  
Con mantos de arcoíris y corceles de viento  
las diosas de las nubes descendían como flores;  
los fénix rodeaban sus carrozas y los tigres tañían arpas;  
los inmortales se juntaban en apretadas filas cual los cañares  
en los prados.

Embargado por el miedo, el corazón palpitante,  
desperté sobresaltado y ¡ay! sólo hallé mi almohadilla y mi  
estera,  
desapareció el esplendoroso mundo de brumas sutiles.  
Lo mismo ocurre con los goces humanos:  
todas las cosas, desde siempre, fluyen con las corrientes hacia  
el Este.

Te dejo, montaña, y me voy, ¿cuándo volveré a verte?  
Cuidaré al ciervo blanco en los verdes acantilados,  
cabalgaré visitando montañas legendarias.  
¿Cómo podría detenerme a servir obsequiosamente a los  
poderosos?

Aniquilaríase mi alma.

#### UNA NOCHE EN EL TEMPLO DE LA COLINA

Permanezco de noche en el Templo de la Colina.  
Alargando mi mano siento el pulso de las estrellas.  
En este silencio no me atrevo a hacer ruido  
por temor de molestar a los moradores del cielo.

#### SUEÑO EN EL ALBA

Al despuntar la aurora asciendo a la cumbre del monte,  
alzo mis manos para abrir el pórtico de nubes.  
Se remonta mi espíritu, y se dilata en el aire,  
hasta deslizarse allende del cielo y de la tierra.

#### EN LAS MONTAÑAS

¿Por qué vivo entre verdes montañas? Me río  
y no me respondo, mi alma se encuentra sosegada:  
mora en otro cielo y la tierra a nadie pertenece.  
Los melocotoneros florecen y el agua continúa fluyendo.

#### LA CANCIÓN EN LA BARCA

¡Una barca de sándalo con remos de magnolia!  
A los extremos, músicos sentados con flautas y áureos caramillos.  
Con un barril de buen vino con adorables cantantes,  
dejo a las ondas conducirme a su deseo.  
Cual inmortal en la tierra, sólo espero cabalgar en la grulla amarilla.  
Navegante de los mares, no pienso seguir las blancas gaviotas.  
Los cantos de Chu Ping aún destellan como el sol y la luna:  
los palacios de los Chu no han dejado huella en las colinas.  
Al arder mi inspiración, mi pincel hace estremecer los Cinco Montes.  
Acabado mi poema, puedo burlarme de las tentaciones del mundo  
pues, ¿pueden las gárrulas pompas y riquezas perdurar para siempre?  
Sería como esperar que las aguas de Han remontasen a su fuente.

Tu Fu (712-770)

PRIMAVERA

Sol moroso: ríos y montes bruñidos.  
Vientos vernaes: flores y hierbas fragantes.  
Deshielos y revolotear de golondrinas.  
Anades y patos duermen en la cálida arena.

HACIA EL FIN DE LA PRIMAVERA

Río de jade: más y más blancas deslumbran las aves.  
Verdes montañas: parece que las flores se incendiaran.  
Ved: ya la primavera se retira.  
¿Cuándo será el día del retorno?

## Wang Tsu-Huan (Comienzos siglo VIII)

### ASCENDIENDO UNA TORRE

El albo sol se ha hundido tras las colinas.  
El Río Amarillo se vierte en el mar.  
Dejadnos ascender la torre  
para ver más allá del horizonte.

## Liu Shen- Hsu (Mediados siglo VIII)

### UN PLACIDO RETIRO EN LA COLINA

Profundos penetran los senderos en las blancas nubes.  
La primavera tiene la longitud de los verdes arroyuelos.  
De rato en rato, flores caídas flotan en las aguas que fluyen  
irradiando hálitos de fragantes perfumes lejanos.  
Una puerta inútil, frente al sendero de la montaña, permanece  
entreabierta.  
Un plácido retiro se oculta en medio de los grandes sauces.  
La luz del cielo baña todo el lugar  
y hasta mis vestidos adquieren nuevo lustre con los límpidos  
rayos del sol.

## Po Chu Yi (722-846)

### PENSAMIENTOS DE OTOÑO

La luna ascendió brillando en el pabellón del norte;  
los peldaños y el patio se bañan con su límpida luz.  
Una fría brisa sopla desde el oeste;  
árboles y yerba se marchitan noche y día.  
Los wu-tung y los sauces dejan caer ya sus verdes hojas.  
Se desvanecen los primorosos colores de las orquídeas.  
Conmovero por estas cosas, medito secretamente  
y siento el marchitarse de mi corazón.  
¿Quién puede eternizar su juventud y su niñez?  
Hay un tiempo para el florecimiento y un tiempo para el  
deterioro,  
la vida del hombre es como la centella que brota de la piedra:  
a menudo empezamos muy tarde a gozar de nosotros mismos.

### EL TORRENTE DEL RIO

Frío y calor, ocaso y aurora, la rueda gira sin cesar.  
Antes de advertirlo, han pasado dos años desde mi llegada a  
Chungchow.  
En mi apartada morada, sólo escucho el tambor de la mañana  
y de la noche.  
Desde la glorieta contemplo navíos yendo y viniendo.  
La canción de la oropéndola me induce a pasear bajo las flores.  
El color de la yerba me invita a sentarme junto al estanque.  
Lo único que se me otorga como perenne delicia es contemplar  
el torrente del río remolineando en derredor de guijarros y de  
rocas.

## Li Shang-Yin (813-858)

### LEJOS DEL HOGAR

Encontróme la primavera lejos del hogar,  
lejos del hogar y cerca del poniente.  
Si ha llorado el ruiseñor sollozante,  
dejadlo humedecer la flor más elevada.

### MENSAJE AL HOGAR

Me preguntas, ¿cuándo he de volver a casa?  
Todavía no lo sé.  
Precisamente ahora, aquí en Pa-shán,  
la lluvia nocturna provoca el desborde  
de los estanques otoñales.  
Contemplaré en lo venidero  
cuando percibamos el olor de la vela  
y estemos juntos en la ventana occidental.  
Debo decirte cómo siento  
esta noche en Pa-shán  
cuando la lluvia provoca el desborde  
de los estanques otoñales.

### DIA TRAS DIA

Día tras día la luz de la primavera compite con la del sol.  
En el poblado entre montañas, por un camino en declive, son  
dulces las flores del albaricoque.  
¿Cuándo estarán los hilos de mi corazón libres de cuidados  
siguiendo la flotante telaraña a treinta metros de distancia?

#### EN EL LIMITE DEL MUNDO

Un día de primavera en el límite del mundo.  
En el límite del mundo el sol se inclina nuevamente.  
Si lleva lágrimas el lamento de la oropéndola,  
podría humedecer para mí la más preciada de las flores.

#### Yang Wan-Li (1127-1206)

#### ESCRITO EN UN FRIO ANOCHECER

El poeta debe trabajar con papel y pincel,  
pero esto no es lo que hace un poema:  
un hombre no va en busca de un poema,  
el poema viene en su búsqueda.

#### NAVEGANDO A TRAVES DE UN ESTRECHO

Aquí se vuelven las tortugas y los peces,  
y hasta los cangrejos se torturan.  
Pero por alguna razón los poetas arriesgan sus vidas  
para atravesar estos rápidos y torbellinos al cruzar estas rocas.

# Poesía japonesa

*A Nobuoki y Sumiko Ushijima*



## Príncipe Otsu (663-686)

### ESPERANDO A LA AMADA

Bajo las gotas de rocío  
en el declive de la montaña,  
me mantuve esperando  
a mi amada, mojándome  
con las gotas de rocío.

### POEMA ESCRITO CUANDO EL PRINCIPE ENFRENTÓ SU EJECUCION

El áureo cuervo luce en las cabañas de occidente;  
las tambores de la noche arrancan la vida efímera.  
No hay posadas en el camino hacia el sepulcro;  
¿de quién es la morada a la que esta noche me dirijo?

## Ariwara Narijira (825-880)

### LA AMADA QUE HUYO

Antaño, un joven y una joven compartían un inmenso amor sin ninguna preocupación. Así ocurría y, sin embargo, por una minucia la joven pensó que estaba cansada de su amor y decidió dejarlo. Escribió este poema que, al partir, dejó prendido a un biombo:

Si es que yo huyese,  
¿no dirían los hombres:  
mujer inconstante?  
Nada se conoce  
de nuestros amores.

El joven encontró muy extraño que su amada huyese dejando mensaje semejante pues no recordaba haber hecho nada que pudiese haber provocado su desaparición. ¿Qué habría sucedido? Lloró acerbamente y, preguntándose dónde podría buscarla, dejó la casa. Buscó y buscó por doquiera pero no pudo encontrar ninguna huella del camino tomado por ella. Volvió, pues, a la casa.

¿Qué es lo que pasa en el mundo  
que es imposible amar?  
¿He vivido realmente  
durante estos meses y años  
colmado de ilusorias promesas?

Así recitó y cayó en ensueños sombríos...

Oh, ¿qué estará haciendo  
si todavía piensa en mí?  
Como una diadema,

sólo su visión  
me penetra hondamente.

Muy lejos estuvo la joven largo tiempo pero, tal vez por no poder resistirlo, envió este poema:

No deseo que siembres  
la flor del olvido;  
una semilla, sólo una,  
deseo que siembres  
de tu corazón en lo hondo.

El contestó:

Si quieres saber dónde crece  
la flor del olvido  
mira en tus propios campos;  
en los míos,  
sólo brota el amor.

Entonces, con más frecuencia que en el pasado, intercambiaron cartas y poemas. El joven:

Tal vez olvides,  
lo admite el corazón,  
aprender a dudar;  
es lo más doloroso  
como nunca pudo serlo.

Ella respondió:

En el horizonte  
se forman nubes que se van  
sin dejar huellas:  
mi vida es vacío sueño  
en los vientos de su desconfianza.

Intercambiaban sus sentimientos. Pero cada cual seguía su camino por el mundo y así vivieron muy lejos el uno del otro.

## Zeami Motokiyo (1363-1443)

### TSUNEMASA\*

#### SACERDOTE

Soy Sodzu Giokei, cuidador del templo de Ninnaji. Tajima no Kami Tsunemasa, del clan de los Taira, fue amado por el Emperador cuando era muchacho, pero murió, antaño, en la batalla de los Mares de Occidente. Este es el laúd Seizán que el Emperador obsequióle antes de la pelea. Ofrezco este laúd a su espíritu en lugar de hacer una libación; ante él celebro el debido ritual.

*(Celebran el rito al espíritu de Tsunemasa).*

Aunque es medianoche, percibo la forma de un hombre, una abatida forma, en esa luz. Si eres espíritu, ¿quién sois?

#### ESPIRITU

Soy el fantasma de Tsunemasa. Tu invocación me ha traído.

#### SACERDOTE

¿Es el fantasma de Tsunemasa? No percibo forma alguna, sólo una voz.

#### ESPIRITU

Es el abatido sonido que persiste solitario.

#### SACERDOTE

¡Oh! Veo realmente la forma.

#### ESPIRITU

Está ahí si la ves.

\* Traducido de la adaptación de Ezra Pound, realizada sobre los manuscritos de Ernest Fenollosa.

SACERDOTE  
Puedo ver.

ESPIRITU  
¿Estáis seguro de verla realmente?

SACERDOTE  
Oh, ¿lo hago? ¿o no te veo?

CORO  
Tsunemasa cambiante, pleno del movimiento universal, visto atrás sobre el mundo. Allí se escuchó su voz sin forma. Nadie puede verlo, pero él mira desde su fantasma; un sueño contemplando nuestro mundo.

SACERDOTE  
¡Es extraño! ¡Tsunemasa! La figura allí estaba y ahora sólo permanece el sonido sutil. ¡Quizá la imagen de un sueño! Fue una recompensa por este servicio.

ESPIRITU  
Cuando era joven fui a la corte. Le di, entonces, una mirada a la vida. Tuve gran acogida. Me dieron el *biwa* del Emperador, que es el mejor laúd que tenéis, el laúd llamado 'Seizán'. Lo tuve cuando andaba por el mundo.

CORO  
Es el laúd que tuvo en este mundo, mas ahora tocará la música de Buddha.

SACERDOTE  
Revela el laúd que posees, y sigue su música.

ESPIRITU  
Os conduciré sin ser visto.

(Ejecuta)

SACERDOTE

Llegó la medianoche; tocaremos Yabanraku, la música de medianoche.

ESPIRITU

El límpido cielo se va llenando de nubes; la lluvia camina con grávidos pies.

SACERDOTE

Estremecen la yerba y los árboles.

ESPIRITU

No fueron los pasos de la lluvia. Mira allá.

CORO

Límpida cuelga la luna en la rama del pino. El viento susurra como si estuviera henchido de lluvia. Es una hora de encantamiento. Las cuerdas graves suenan como lluvia; las agudas, como un susurro. La cuerda profunda es la voz del viento en otoño; la tercera y cuarta cuerdas son como los gritos de la cigüeña enjaulada, cuando piensa en sus polluelos a la caída de la noche. Permite que no cacareen los gallos. No dejes anunciar el alba a ninguno.

ESPIRITU

Una voz de flauta ha movido las nubes de Shushinrei. Y los fénix vinieron desde la nube; descienden con las notas de la flauta. ¡Desgarradora música maravillosa! He descendido al mundo. He recuperado mi música de antaño. Yo era feliz aquí. ¡Cuán pronto pasó todo aquello!

SACERDOTE

Puedo ver ahora de nuevo la figura que vi aquí; ¿puede ser Tsunemasa?

ESPIRITU

Es un triste rostro el que pongo aquí. Apaga las luces si puedes verme

CORO

El dolor del corazón se esparce en derredor de los rápidos fuegos. Las llamas se han convertido en densa lluvia. Mató con el sable y el sable lo mató. La onda roja de la sangre ascendió en fuego, y ahora él arde con esa llama. Nos ordenó apagar las luces; voló como una mariposa de verano.

Sus batientes alas eran una tormenta.  
Su espíritu hundióse en la oscuridad.

Arakida Moritake (1473-1549)

JAIKUS

Una flor cayendo,  
retornando a su rama.  
Ved: ¡una mariposa!

\*

La gloria matutina  
revela hoy día claramente  
el ciclo de mi vida.

## Matsuo Bashoo (1644-1694)

### VISITA A LA ALDEA DE SARASHINA

El viento otoñal suscitó en mi corazón el deseo de ver el nacimiento y la puesta de la luna en el monte Obasuta. En esa escabrosa montaña en la aldea de Sarashina los aldeanos, en el remoto pasado, solían despeñar a sus ancianas madres en las rocas. Hubo de acompañarme otro hombre acuciado con el mismo deseo, Etsuyin, un discípulo mío, así como también, para ayudarme en el viaje, un sirviente enviado por mi amigo Kakei, pues el camino de Kiso que conducía a la aldea era escarpado y peligroso y cruzaba entre altas montañas. Nos ayudábamos lo mejor que podíamos, pero, como ninguno era un viajero experimentado, nos sentíamos inquietos y cometíamos infinidad de errores. Sin embargo, estos errores provocaron con frecuencia nuestra risa y nos dotaron del coraje necesario para proseguir.

En cierto punto del camino encontramos un venerable sacerdote que llevaba sobre sus espaldas una pesada carga. Vacilaba y avanzaba a pequeños pasos casi sin aliento; tenía un rostro serio y malhumorado. Debía de tener más de sesenta años. Mis acompañantes simpatizaron con él y, tomando la pesada carga de sus hombros, la acomodaron junto con otras cosas que yo conducía sobre mi caballo. Tuve, pues, que sentarme sobre una alta pila. Veía montaña tras montaña sobre mi cabeza; a mi izquierda, un gran precipicio cayendo a trescientos metros en un hirviente río; el precipicio no tenía ningún recodo de tierra plana por lo que, encaramado en la alta silla, temblaba de temor cada vez que el caballo brincaba. Cruzamos muchos peligrosos lugares tales como Kakejashi, Nezame, Saru-ga-baba, Tachituge, por el camino siempre ventoso y empinado; sentíamos que nos rozaban las nubes. Abandoné mi caballo y vacilé sobre mis propias piernas, pues estaba aturdido por la altura y era incapaz de mantener la

serenidad. El sirviente, a su vez, montó en el caballo sin dar la más ligera muestra de temor. Dormitando, a menudo cabeceaba y parecía que fuese a caer al precipicio. Yo temblaba cada vez que veía írsele la cabeza. Sin embargo, al pensarlo mejor, se me ocurrió que cada uno de nosotros era como este sirviente, vadeando a través de los escollos siempre cambiantes del mundo, batidos por la tormenta y ciegos ante los peligros ocultos, y que el Buda, sobreviviéndonos desde lo alto, sentiría seguramente los mismos temores sobre nuestra fortuna cual los sentía yo de la del sirviente. Cuando oscureció, buscamos posada en una humilde morada para pasar la noche. Después de encender una lámpara, tomé tinta y una pluma y cerré los ojos tratando de recordar lo que había visto y los poemas compuestos durante el día. Cuando el sacerdote me vio golpeándome la cabeza, debe haber pensado que yo sufría por el fastidio del viaje, pues comenzó a darme cuenta de su peregrinaje juvenil, de parábolas de los sagrados sutras y de los milagros de que había sido testigo. ¡Ay!, no fui capaz de escribir un solo poema a causa de su interrupción. Sin embargo, en ese preciso momento, la luz de la luna caía en un ángulo de mi habitación, pasando por las hojas y grietas de la pared. Al prestar atención al ruido de las aldabas de madera, y a las voces de los aldeanos cazando gamos silvestres, sentí en mi corazón la soledad del otoño consumando la escena. Dije a mis acompañantes: «Vamos a beber bajo el brillante resplandor de la luna», y el huésped de la morada trajo algunas tazas. Las tazas eran demasiado grandes para considerarlas delicadas y estaban casi descoloridas; las personas refinadas de la ciudad hubieran dudado de servirse en ellas. Me alegró, sin embargo, hallarlas en una remota comarca y para mí fueron más preciosas que raras tazas azules incrustadas de joyas.

Luna llena sobre los cielos  
y tiernos campos:  
decorado de áureo barniz.

Puente sobre el abismo  
ceñido de yedra:  
unión de cuerpo y alma.

Cruzan el puente sobre el abismo,  
camino de Kioto,  
antiguos caballos imperiales.

A mitad del puente  
no creí lo que veía:  
ascender una rana. *Etsuyin*

Poema compuesto en el monte Obasuta:

Pensé estar junto a una anciana,  
sentados y en sollozos,  
contemplando la luna.

¡Hermosa luna,  
cómo padezco  
en la aldea de Sarashina!

Tres días pasaron,  
tres veces vi la luna  
en el límpido cielo. *Etsuyin*

Erguido tallo delgado  
de amarilla valeriana,  
cubierto de rocío.

El rocoto quema mi lengua,  
el viento de otoño  
consume mi corazón.

Las castañas de los montes de Kiso,  
cuán rico presente  
para quien vive en las ciudades.

Despidiéndome,  
penetré en el centro  
del otoño de Kiso.

Poema compuesto en el Templo de Zenkoyi:

Cuatro puertas y cuatro sectas,  
unidas todas  
bajo la luna esplendorosa.

Súbita tormenta por el monte Asama  
lanza guijarros  
en derredor mío.

#### SOBRE LA LUNA EN EL MONTE OBASUTA EN SARASHINA

He estado a veces tentado oír de Shirara y Fukiage, y este año estuve pensando en cómo me agradaría ver la luna en Obasuta. Partí de la provincia de Mino el día décimo primero del octavo mes. El camino era largo y escasos los días hasta el surgimiento de la luna llena. Debía, por tanto, ponerme en camino esa misma noche y no dormir hasta el anochecer usando hierbas como almohada. Mis planes no fueron inoportunos: llegué a la aldea de Sarashina en la noche de la luna llena. El monte se extendía hasta el sudoeste cerca de un *ri* al sur de la aldea de Yawata. No es muy alta y, curiosamente, ni siquiera tiene riscos, pero su apariencia está llena de una honda melancolía. Pude entender porque se dice aquí «es difícil de consolar». Me sentí confusamente deprimido y,

preguntándome por qué alguien había abandonado a una anciana,  
brotaron mis lágrimas.

Pensé estar junto a una anciana,  
sentados y en sollozos,  
contemplando la luna.

¡Hermosa luna,  
cómo padezco  
en la aldea de Sarashina!

## JAIKUS

El viejo estanque,  
una rana que salta:  
ruido del agua.

\*

En la rama marchita  
un cuervo se ha posado:  
atardecer otoñal.

\*

Allende las brumas de cerezo,  
¿en Asa Asakusa o en Ueno  
tañe la campana?

\*

¡Mar tempestuoso!  
Sobre la isla de Sado:  
la Vía Láctea.



Junto al camino  
crecía una rosa de Siria.  
Se la comió mi caballo.

\*

Pájaro y mariposa  
desconocen esta flor:  
el cielo de otoño.

#### LA MORADA IRREAL

Mi cuerpo, cerca ya de los cincuenta, se ha convertido en un árbol venerable que frutece amargos duraznos, en un caracol que ha perdido su caparazón, en un gusano separado de su capullo; vagabundea con vientos y nubes que desconocen algún destino. En la mañana y en la noche he comido el alimento del viajero, abasteciéndome con la alforja de peregrino. En mi último viaje tosté mi rostro con el sol de Matsushima y humedecí mis mangas en la montaña sagrada. Anhelé llegar hasta la lejanía de aquella playa donde chillan las alcas y las Mil islas de los Ainu pueden verse a la distancia, pero mi compañero desistió diciéndome cuán peligroso sería, con mi enfermedad, tan largo viaje. Cedí. Lastimé entonces mis talones a lo largo de la escarpada costa del mar del norte, donde duele cada paso en las dunas de arena. Ese año vagabundee por las riberas del lago en busca de un lugar de descanso, de un simple tallo de carrizo donde el nido flotante del colimbo pudiera ser llevado por la corriente para descansar. Esta es mi Morada irreal, y se erige en el monte Korubu. Próximo, existe un antiguo santuario, el cual purifica tanto mis sentidos que me siento libre de la suciedad del mundo. En esta abandonada cabaña fue donde el tío del guerrero Suganuma se retiró del

mundo. Murió alrededor de hace ocho años; su morada queda atrás de estos caminos cruzados de irrealidad. Por cierto que todas las decepciones de los sentidos se resumieron en una sola palabra: irrealidad, y no hay forma de olvidar, siquiera por un momento, el cambio y su torbellino.

Las montañas no se extienden a ninguna profundidad pronunciada, pero las casas están bastante separadas. El Monte de Piedra reposa frente a mi cabaña y, atrás, se yergue el Monte Gola. De los encumbrados picos desciende desde el sur un fragancioso viento, pero el viento del norte es frío y húmedo por el mar distante. Fue al comienzo de la cuarta luna cuando llegué; las azaleas estaban floreciendo. Vistaria montañesa colgaba de los pinos. Con frecuencia pasaban cuclillos volando y nos visitaban las golondrinas. No me molestaban los picos de los pájaros carpinteros, y en mi alegría llamé a la paloma del bosque: «¡Ven, ave de soledad, y tómate melancólico!» Sólo podía sentirme feliz, la vista no tenía nada que envidiar a los más hermosos paisajes de China.

Entre el monte Hieda y el pico de Hira, puedo ver el pico de Karasaki envuelto en bruma y, a ratos, un castillo destellando entre los árboles; cuando la lluvia escampa junto al puente de Seta, el ocaso se demora en el pinar. El monte Mikani luce como el Fuji y me recuerda mi vieja cabaña a sus pies. Cerca del monte Tanagami he buscado las huellas de los hombres de antaño. Algunas veces, ganoso de disfrutar una vista ininterrumpida, trepo el pico que se encuentra en la parte posterior de mi cabaña. En la punta he construido una ménsula de ramas de pino que he rodeado con esterillas de paja; la llamo la percha del bonzo. No soy partidario de aquel excéntrico que construyó una cantina en un manzano donde bebía con sus amigos, como escandalosamente se comentó en la ciudad, ni daría mi percha por la cabaña que erigió el sabio Wang. Me siento en la elevada punta, llenándome de piojos.

Una vez, sintiéndome vigoroso, junté leña y me bañé en el torrente. Me encantan las gotas que caen, toc-toc, a lo largo de una

verde rama de helecho, y nada es tan llevadero como mi estufa.

El hombre que solía vivir aquí tenía los gustos más refinados pero no llenó la cabaña ni siquiera con objetos de arte. A un lado del santuario está la pequeña alcoba para colgar los vestidos de noche. Una vez, al oír que el Gran Sacerdote del monte Kora había llegado a la capital, le solicitó una placa para decorar la alcoba. El sacerdote tomó su pincel con abandono y escribió las palabras: Morada irreal. Escribió en el reverso su nombre para recuerdo entre la gente que en el futuro tuviera oportunidad de verlo.

En esta cabaña donde vivo como un ermitaño, como un viajero, no es necesario acumular objetos caseros. Todo lo que poseo es un amplio sombrero de madera liviana y un abrigo corto que cuelgo de una estaca sobre mi almohada. Durante el día el anciano hidalgo, quien contempla la parte posterior del santuario o a los aldeanos del pueblo desde la explanada del monte, me visita y se pasa el día contando historias a las que no estoy acostumbrado; cómo los cerdos se comen las semillas de arroz o cómo los conejos infestan los campos de habas. Cuando, muy raramente, vienen visitantes desde lejos, de noche nos sentamos tranquilos bajo el rayo de luna argumentando con nuestras sombras.

Pero no vaya a pensarse, por lo que cuento, que soy un devoto de la soledad y que únicamente busco mis huellas en un lugar inhóspito. Más bien diría que soy un hombre enfermo aburrido de la gente; o alguien cansado del mundo. ¿Qué hay que añadir? No he llevado una vida clerical, ni me he enconado en servir las reglas. Desde muy joven gusté de mis excentricidades y, una vez convertidas en la forma de ganarme la vida, por un tiempo pensé haberme descubierto a mí mismo unido por la existencia a un rasgo de mi arte, incapaz y sin talento como soy. Trabajo sin resultados, con el espíritu cansado y el rostro lleno de arrugas. Ahora, cuando ya ha transcurrido más de la mitad del otoño y cada mañana y cada anochecer traen mudanzas a la escena, me pregunto si aquello no es lo que significa morar en la irrealidad. Con esto doy fin a mis palabras.

Enamoto Kikaku (1661-1707)

¡Resplandeciente plenilunio!  
en las esteras del piso  
caen sombras de los pinos.

Nozawa Bonchoo (?-1714)

El río cruza  
-larga línea infinita-  
campos de nieve.

Mokudo (1665-1723)

¡Fresca brisa de primavera!  
A través de la verde cebada  
corre el sonido del agua.

Tanko (siglo XVIII)

Suave, muy suave,  
desde el centro del bosque,  
turbión de otoño.

Taigi (1709-1771)

«Ved, ved las luciérnagas»,  
me gustaría decir,  
pero estoy solo.

Yosa Buson (1716-1789)

JAIKUS

Una camelia,  
derrama el agua  
del último aguacero.

\*

Caen flores del cerezo  
en los húmedos lechos de arroz:  
estrellas en el rayo de luna.

\*

En la campana del templo  
algo permanece en quieto sueño.  
¡Ved, una mariposa!

Kobayashi Issa (1763-1828)

JAIKUS

Bajo las ramas  
de los capullos de cerezo  
no hay extraños.

\*

¡Ah, en la sombra  
se marchitan crisantemos,  
mueren, desaparecen!

\*

Algo hermoso de verse  
por los huecos de la ventana:  
la Vía Láctea.

Masaoka Shiki (1867-1902)

JAIKUS

La grulla salvaje  
vuela encima del sendero  
en el rayo de luna.

\*

Desde el distante límite  
del frío, la luna en el océano  
se eleva rutilante.

\*

En todas las islas  
fulge ahora destellante luz:  
el mar en primavera.

\*

Cruzando la mitad del pueblo  
fluye una pequeña corriente  
bordeada de sauces llorones.

## NOTA

*En las montañas de las brumas* pertenece, en realidad, a *El ciervo en la fuente*, mi colección de traducciones sueltas. Hubo, sin embargo, dos motivos para no incluirlo allí: por tratarse de versiones indirectas y por no extender un libro ya de por sí bastante considerable. Puede verse, por tanto, la presente publicación como un apéndice de dicho libro, pero, no por tratarse de un agregado, puede decirse que estas versiones me hayan costado menos trabajo ni que las haya realizado con menos placer. China y Japón han producido la poesía lírica más admirable y hermosa del planeta y su lectura ha sido y sigue siendo para mí de un inefable gozo.

Para la sección china he recurrido a los libros siguientes: *The Book of Songs*, Translated by Arthur Waley (London, George Allen and Unwin, 1969); *Translations from Chinese* by Arthur Waley, Illustrated by Cyrus Le Roy Baldridge (New York, Alfred A. Knopf, 1941); *Chinese Poetry*, Edited and Translated by Wai-Lim Yip (Berkeley/ Los Angeles/London, University of California Press, 1976); John C. H. Wu: *The Four Seasons of T'ang Poetry* (Tokyo, Charles E. Tuttle, 1972); *Poems by Wang Wei*, Translated by Chang Yin-nan and Lewis C. Walmsley (Tokyo, Charles E. Tuttle, 1958); *The Works of Li Po, The Chinese Poet*, Done into English Verse by Shigeyoshi Obata (New York, Paragon Book Reprint, 1965); Arthur Waley: *The Poetry and Career of Li Po* (London, George Allen and Unwin, 1958); *Poems of the Late T'ang*, Translated with an Introduction by A. C. Graham (Harmondsworth, Penguin Books, 1977); James J. Y. Liu: *The Poetry of Li Shang-yin* (Chicago, The University of Chicago Press, 1969) y *Heaven my Blanket, Earth my Pillow: Poems by Yang Wan-Li*, Translated and introduced by Jonathan Chaves (Tokyo, Weatherhill, 1975).

Para la sección japonesa a *The Manyōshū*, The Nippon Gakujutsu Shinkokai Translation of *One Thousand Poems*, With a Foreword by Donald Keene (New York, Columbia University Press, 1969); *Anthology of Japanese Literature: From the earliest era to the mid-nineteenth century*, Compiled and edited by Donald Keene (Tokyo, Charles E. Tuttle, 1977); Donald Keene: *Appreciations of Japanese Culture* (Tokyo, Kodansha International, 1981); *The Translations of Ezra Pound*, with and introduction by Hugh Kenner (London, Faber and Faber, 1970); Kenneth Yasuda: *The Japanese Haiku* (Tokyo, Charles E. Tuttle, 1975); Daniel C. Buchanan: *One Hundred Famous Haiku* (Tokyo and San Francisco, Japan Publications, 1976); Bashō: *The Narrow Road to the Deep North and other Travel Sketches*, Translated from the Japanese with an introduction by Nobuyuki Yuasa (Harmondsworth, Penguin Books, 1974); *Monkey's Raincoat (Sarumino): Linked Poetry of the Basho School with Haiku Selections*, Translated by Lenore Mayhew (Tokyo, Charles E. Tuttle, 1985) y *The Year of my Life*, A Translation of Issa's *Oraga Haru* by Noboyuki Yuasa (Berkeley/ Los Angeles/ London, University of California Press, 1972).